

# LA EVANGELIZACION REALIZADA

POR LA

VIDA RELIGIOSA



P. Leonardo Boff, OFM.

*El prestigiado teólogo brasileño Leonardo Boff trata de aclarar el papel de la Vida Religiosa en la evangelización de nuestro continente. Estas líneas están extractadas del libro: Leonardo Boff, "Testigos de Dios en el Corazón del mundo", Madrid 1977, pp. 279-305.*

El contexto de dependencia que caracteriza globalmente la situación de América Latina determina ya la orientación que habrá de tomar la evangelización. Esta quiere ser Buena Nueva concreta, respondiendo a la situación. Evangelizar no es simplemente proclamar respuestas dadas y fijas en busca de preguntas que hubieran de ser respondidas. Porque la evangelización no es puro adoctrinamiento. Es fundamentalmente una acción. Y toda acción está inserta en una situación, tratando de modificarla.

En vez de quedarnos en definiciones abstractas sobre lo que sea evangelizar, con sus implicaciones, consideraremos la *acción evangelizadora* de Jesús y de la Iglesia primitiva.

## 1. Evangelizar: vivir y luchar por la causa de Jesús.

Cristo Jesús no comienza predicando una doctrina sobre esto o lo otro. Ni inicia su actividad evangelizadora anunciándose a sí mismo. Comienza respondiendo a las esperanzas del pueblo, que vivía *"en ansiosa esperanza"* (Lc. 3,15). Y ¿qué es lo que en su tiempo se esperaba? Esperábase el Reino, la irrupción de un nuevo cielo y de una nueva tierra, la total liberación, la intervención salvadora de Dios. Todas estas esperanzas están en el fondo supuestas por Jesús. Y El da a todas ellas su respuesta en nombre de Dios: *"El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca. ¡Convertíos y creed en la Buena Nueva!"* (Mc. 1,15).

El Evangelio, como Buena Nueva, no es solamente un anuncio. ES una intervención presente que modifica el mundo y que puede ser constatada: los ciegos ven, los cojos andan, los muertos resucitan, los pecados son perdonados, se inaugura un nuevo comportamiento revelado en las actitudes del mismo Jesús. Tales eventos muestran que ya llegó el Reino (Lc. 7,22; Mt. 11,4) y que, por consiguiente, está ya en medio de nosotros (Lc. 17,21). Con el Reino está siendo vencido el poder del Maligno (Mt. 12,18; Lc. 11,20), es decir, lo que separa y enemista, lo que aliena y envilece al hombre y a Dios.

La causa de Jesús es la causa del Reino. Reino de Dios es señorío de Dios sobre todas las cosas. Cuando Dios manifiesta su poder todo se modifica: el mundo será transfigurado, liberado el hombre y transformadas en confraternizadoras las relaciones esclavizantes. Justicia, libertad, fraternidad, amor, misericordia, reconciliación, paz, perdón, inmediatez con Dios constituyen la causa por la que luchó Jesús, por la que fue perseguido, preso, atormentado y condenado a muerte. A fin de que tal causa siguiese adelante, resucitó de entre los muertos y estará siempre al lado de quienes luchan por la misma. Legalismo en vez de justicia, división discriminatoria en vez de fraternidad, leyes en vez de libertad, odio a los enemigos en vez de amor, dureza de corazón en vez de misericordia y compasión, pacificación en vez de paz, sumisión en vez de reconciliación, venganza en vez de

perdón, distanciamiento de Dios en vez de proximidad, constituyen la anticausa de Jesús. Quienes estén por tal anticausa están contra Jesús.

Por tal razón, siempre que los hombres -en cualquier hemisferio de la tierra y sea cual fuere su bandera- trabajen denodadamente por el triunfo de esta causa están haciendo evangelización y Evangelio y llevando adelante la causa de Jesucristo. No siempre donde hay cristianismo y evangelización explícita se da ipso facto la bondad, la liberación, la justicia, la fraternidad. En cambio, donde se da la fraternidad, la justicia, la liberación y la bondad, allí se encarna verdaderamente el cristianismo y se está viviendo el Evangelio, tal vez incluso bajo el anonimato o bajó cualquiera otra bandera.

Evangelizar, por consiguiente, es actualizar y vivir la causa de Cristo.

El Evangelio no es solamente un indicativo: ¡la salvación está ya entre nosotros! ¡Ya llegó el Reino! Es también un imperativo: ¡convertíos! Sin esta conversión, afectando al modo de pensar y de vivir, no viene el Reino. El Reino no surge por arte de magia, sin la colaboración humana. Si el hombre no lo quiere, el Reino no se hace presente. Dios ha querido contar con la libre cooperación del mismo hombre. Y prefiere prorrogar la irrupción del Reino a imponerlo coactivamente y por la fuerza. Aquí está el secreto sentido de la muerte de Cristo: ésta fue una consecuencia del rechazo humano. Jesús no quiso utilizar su poder divino para implantar su Reino de cualquiera forma, contra la libertad humana. Prefirió morir antes que violar la libertad de los hombres. Así es como dejó abierta la historia y sin consumir todavía el proyecto del Reino. Sigue aún hoy siendo incumbencia del hombre asumir libremente y empeñarse en la causa de Cristo. En la medida de tal empeño irrumpirá el Reino en el mundo y se renovará la faz de la tierra. La transformación del mundo en el sentido de Dios o de las exigencias del Reino no es una teoría, sino una praxis, es decir, el proceso de una conversión y de una liberación.

## 2. Evangelizar: vivir y anunciar la salvación y la presencia de Jesús Liberador.

Con el rechazo de Jesucristo, su causa sigue abierta y como tarea incesante. ¿Podrá el hombre realizarla? ¿Irrumpirá el Reino? ¿No se confinará al ámbito de lo utópico? La fraternidad universal, la libertad, la justicia, ¿son valores praxísticamente asintóticos -es decir, que nunca llegarán a realizarse- o se historificarán algún día? La evangelización explícita -y en eso está la característica fundamental del cristianismo- dirá: en Jesucristo muerto y resucitado se ha cumplido ya plenamente el Reino; en El se concretó la verdadera liberación hasta de la misma muerte; en El lo utópico se hizo tópico; el futuro, presente, y la pro mesa, una realización.

En el mundo tuvo lugar de hecho una ruptura -introducida por la resurrección de Jesús- por la que podemos vislumbrar una exhaustiva y definitiva liberación, el triunfo escatológico de la justicia y de la libertad contra todos los me canismos de injusticia, de venganza y de opresión. La resu rrección dejó claro que el futuro está del lado de los oprimidos o víctimas de la injusticia, de los últimos del mundo, que pasarán a ser los primeros. Porque a través de un cruci ficado y rechazado es como quiso Dios manifestar el hecho de cisivo de la historia: la superación de la muerte, y con ella la de todas las fuerzas que preparan o llevan a la muer te, como el mal, la desunión, el pecado contra el hermano y la injusticia.

El núcleo central del Evangelio está, pues, en esta positividad introducida por la resurrección. Esta introduce una nueva concepción del mundo -teoría- y posibilita una manera distinta -praxis- de vivir la vida y la muerte, el sentido del mundo y de las realidades terrenas. Siempre que se promueve el crecimiento de la vida, cada vez que las relacio nes interhumanas más y más se fraternizan o se elimina toda estructura opresiva, se está anticipando la resurrección.

El Evangelio lleva, por consiguiente, a todos cuantos a él se adhieren explícitamente a un compromiso en el mundo,

en el sentido de su transfiguración, de la preparación y anticipación de la resurrección. Vivir el Evangelio y hacerlo vivir es seguir el camino de Cristo que culmina en su Pascua. Seguimiento, y no una mera contemplación teórica, es el imperativo que propone el Evangelio. Encarnación en el mundo dentro de un sentido liberador, y no un ausentismo o fuga de él, es lo que se nos impone a la luz del mismo seguimiento de Cristo Jesús.

Desde esta perspectiva, aparece bien clara la íntima conexión entre proceso de liberación y tarea evangelizadora. El proceso de liberación y promoción humanas -cuando es integral y respeta el dinamismo que le es propio- ábrese a una dimensión trascendente y religiosa. La evangelización explicita tal apertura; proclama a Dios, a Jesucristo y su Rei-no como sentido último de toda actividad humana y del proceso psicosocial.

Aunque distintas e inseparadas, la liberación intrahistórica y la evangelización han de encontrarse en el hombre que debe ser salvo no sólo al final de los tiempos, sino también dentro del proceso de su peregrinación, anticipando así aquella realidad, que se manifestará en toda su plenitud en la fase escatológica. La evangelización trata de convertir la verdad escatológica en el sentido propio de toda la creación, en centro de su anuncio y de su esperanza. No es el resultado de las liberaciones intrahistóricas, sino su plenitud y su trascendencia.

El Sínodo de Obispos de 1974 reconoce justamente:

«Estamos profundamente de acuerdo en afirmar una vez más la conexión íntima que existe entre la obra evangelizadora y la mencionada liberación. A este acuerdo nos ha llevado no sólo una estrecha relación con nuestros fieles y con los demás hombres, cuya vida y cuyo destino común compartimos, sino, principalmente, el mismo Evangelio que misericordiosamente se nos ha confiado y que es la Buena Nueva de salvación para todos los hombres y para toda la sociedad humana: salvación que debe iniciarse y manifestarse ya aquí y ahora en este mundo, aun cuando sólo pueda alcanzar su plena realización más allá de las fronteras del tiempo»

La evangelización no puede limitarse al anuncio del más allá. Ha de preocuparse también por concretar la salvación en las mediaciones sociales y políticas. La resurrección constituye el signo precursor y manifestativo por excelencia de la verdadera liberación. Por eso, precisamene, constituye el hecho salvífico determinante, según la fe cristiana.

### 3. Evangelizar por la vida religiosa: la radicalización del modo de ser cristiano.

La vida religiosa no brota de la estructura jerárquica de la Iglesia, sino de la fuente misma de donde nace la Iglesia. Prolonga y radicaliza la consagración bautismal. El religioso profesa ser un cristiano más radical en el sentido de intentar vivir en todo su radicalismo la vida y santidad de la Iglesia. Propónese, ante la Iglesia y ante el mundo, ser -según feliz expresión de Pablo VI- un *especialista* de Dios. No un especialista que sepa mucho sobre Dios o que pueda hablar eruditamente de El. Sino un especialista en el sentido de experimentar más vivamente a Dios en el seguimiento de Cristo, haciendo de esta experiencia el proyecto fundamental de su vida.

Cuanto más transparente y radical llegare a ser este vivir religioso, mayor será su fuerza evangelizadora. No porque haga más o menos cosas o promueva distintas obras. El mismo es su obra principal. Su conversión y autenticidad de religioso hablarán por sí solas, atestiguando la verdad del Evangelio. La vida entera tórnase lengua anunciadora y denunciadora, en la medida de su verdad y transparencia. Para evangelizar, por consiguiente, no necesita el religioso utilizar un método catequético, iniciarse en la teología y en la explicación de los misterios cristianos, ni desempeñar un trabajo misional específico. Fundamentalmente, su misma vida es evangelizadora por su modo peculiar de ser al poner a Dios y a Jesucristo como centro de su existencia. Evangelizando así el religioso se hace signo y sacramento de la presencia de Dios y de Cristo en el mundo que le rodea.

Mas ¿en qué sentido se torna signo en su mundo circun-

dante el religioso que evangeliza a través de su peculiar manera de ser? Aquí está toda la cuestión. No basta decir que es signo y que su vida evangeliza la vida. Para serlo auténticamente, se hace imprescindible una inserción tal en la realidad que pueda servir de signo. De lo contrario no evangeliza por su propia vida. Para evangelizar así, dentro de nuestro contexto latinoamericano, el religioso deberá proceder a una profunda conversión estructural en su mismo modo de vivir, en su acción apostólica y en su palabra. Por el momento, nos interesa subrayar su modo de vivir.

*a) Frente a la opresión política o al régimen de dominación:*

El religioso deberá evitar que en su comunidad se reflejen las formas de convivencia y distribución del poder que tienen lugar en la sociedad. Tradicionalmente, la vida religiosa comunitaria se ha venido organizando en un sentido piramidal: el superior era el único responsable de la búsqueda y de la creatividad. La obediencia ligaba a todos a un superior.

Para ser signo de libertad y no de dominación, la vida religiosa debe poner el acento y el peso de las responsabilidades sobre todos los miembros de la comunidad. Todos y cada uno deben poder sentirse superiores en la medida en que todos y cada uno se sientan corresponsables del destino y del proyecto de todos, que por eso es verdadero coproyecto. La forma de convivencia religiosa deberá transparentar el espíritu fraterno, la participación de todos, la libertad en las relaciones sin esos frecuentes servilismos que a veces se dan, el respeto y la no instrumentalización de nadie por nadie. La vida religiosa debe ser un lugar de ensayo de la libertad cristiana, de la posibilidad de expansión de la personalidad, de la auténtica disponibilidad que no se siente nada atada a un horario intracomunitario inmutable y esclavizante. Tal disponibilidad no ha de ser motivo para una mayor comodidad del religioso, sino servicio al hermano que busca una ayuda o una palabra.

Mas no es posible una vida religiosa como lugar de ensayo de libertad cristiana sin una previa concientización

del religioso acerca de la situación real de su medio, de los mecanismos actuales de injusticia y de las formas de dominación existentes. Por su modo de ser libre -en la palabra, en los gestos, en la conciencia- está denunciando una situación injusta y viviendo una alternativa más prometedora y eficaz.

Para vivir semejante testimonio es menester una vigilante atención sobre las motivaciones evangélicas de la vida religiosa. El Evangelio no nos pide acomodación ni "*entrar en los esquemas de este mundo*" (Rom. 12,2), sino espíritu crítico, perspicacia en la detección del pecado estructural de la sociedad y capacidad para discernir la voz de Dios en medio del vocerío humano -hoy cada vez más refinado-, que se presenta bajo apariencias de bueno, humanitario y religioso.

#### *b) Frente a la miseria y la injusticia:*

La vida religiosa solamente anunciará el Evangelio con su modo de ser cuando llegue a renunciar a su situación de clase miniburguesa para convertirse a los pobres, viviendo para ellos, con ellos o como ellos. La pobreza no debe entenderse aquí fundamentalmente, como un simple desprenderse de bienes materiales. Este concepto, en el fondo, capitalista -ya que tiende a definir la pobreza por los bienes terrenos-, impide comprender el sentido evangélico de la pobreza en lo que ésta tiene de más hondo. Pobreza es capacidad de solidarizarse con los socialmente pobres.

No se trata, pues, de simple ascetismo, sino de un verdadero despojo interior y exterior, de un desprenderse de ciertas categorías mentales que dificultan la aproximación al pobre y la repartición de esos bienes que nos sitúan en la esfera de los asegurados y favorecidos por el actual sistema de reparto de bienes. Repartir los bienes no es el gesto originario. Debe ser el resultado de una conversión de actitud como solidaridad con los pobres y los marginados. Según el alcance de dicha solidaridad será también el desprendimiento de los bienes materiales.

El religioso deberá desarraigar las categorías menta-



les miniburguesas que han venido informando su espíritu al contacto con la escuela y con la sociedad y que han llegado a crear un verdadero criterio de valoración de la realidad. Para captar y entender las exigencias evangélicas que provienen del mundo de los oprimidos y marginados urge desmontar todas esas otras categorías de interpretación. Lo cual solamente se conseguirá viviendo en concreto la vida del pobre y participando en sus problemas. Más que las ideas -que generalmente son acto segundo, ya que provienen, de ordinario, de la misma experiencia-, es la vida la que corrige la vida.

Esta solidaridad con el pueblo oprimido ha de llevar a las comunidades religiosas a abrirse más al influjo de la cultura popular, a sus formas de comunicación, de oración y de piedad, recibiendo y dando su riqueza. Por estar insertas en la realidad de los pobres, están mucho más capacitadas para detectar la verdadera estructura del sistema generador de injusticia y de marginación. El pobre no es pobre, sino un empobrecido. Lo cual es consecuencia de la indebida ganancia, es decir, de un modo de relacionarse con los bienes que para enriquecerse precisa empobrecer a toda una clase social.

Sólo quien ha buceado en el submundo originado por el "mundo" será capaz de comprender lo antievangélica que es nuestra sociedad, y lo profundamente contradictorio que es con la Iglesia-institución y con la vida religiosa el pactar ingenuamente con esa misma sociedad. El problema está en su perar toda visión intimista y privatizante que se está deteniendo en considerar la buena voluntad y la excelente intención de las personas, sin descender al plano estructural donde tienen su origen los mecanismos de la injusticia. Las personas, aun las de buena voluntad, están de hecho al servicio de esa estructura. Tener conciencia crítica es ponerse en una postura evangélica para poder desde ahí apreciar la diferencia entre el nivel estructural injusto y el nivel personal, el cual puede ser bienintencionado pero ingenuo.

#### 4. Evangelizar por la vida religiosa: recuperar la libertad evangélica de la palabra

El carisma específico de la vida religiosa es profético-escatológico. Vive de un Absoluto con el que se encontró, y al que se consagró. Esta experiencia de un Absoluto permítele relativizar todas las cosas. No es que éstas no tengan su valor. Lo tienen, y mediatizan al Absoluto dentro de la historia, y por eso el religioso auténtico, que vive profundamente la experiencia de Dios, abraza al mundo, que es el lugar de encuentro con el mismo Dios, y donde se muestra si su encuentro es verdadero y eficaz.

Sin embargo, la vida religiosa es libre frente al mundo; éste no es Dios. Lo escatológico, pues, no lleva a una fuga del mundo, sino a una inserción en él caracterizada por la experiencia de un Absoluto con el que todo está relacionado, y frente al que todo es relativo. Por eso el religioso sitúase en una dimensión dialéctica dentro de la Iglesia. Por un lado, está comprometido dentro de ella, y por otro, es la memoria permanente y viva de la relatividad de la Iglesia misma, como peregrina hacia Dios.

a) *Una palabra profética y liberadora:* Desde su característica escatológica es fácil comprender la misión profética del religioso: anunciar, por su mismo ser y por el modo de situarse dentro del mundo, la realidad definitiva de Dios y de su Reino, y *denunciar* las formas todas de fixismo y absolutismo, así como todo aquello que se opone, en conceptos de injusticia y de opresión, al designio de Dios mismo. Como profeta, el religioso no es una prolongación de la institución eclesiástica. El Vaticano II ha subrayado en la *Lumen gentium* cómo la vida religiosa no surge de la estructura jerárquica de la Iglesia, sino que surge y pertenece a la estructura carismática o de vida y santidad de la misma Iglesia.

Por encuadrarse en la dimensión de lo carismático, la vida religiosa no puede enmarcarse adecuadamente en estructuras demasiado institucionalizadas. La institución se rige por otra lógica distinta de la del carisma. La institu-

ción necesita seguridad, certeza y poder. El carisma, para ser tal, vive de la verdad, arriésgase por caminos nuevos, y sólo presenta como fuerza y valor su testimonio valiente y audaz. Por eso no está llamada la vida religiosa a prestar un determinado tipo de colaboración pastoral organizada u oficial. Entra, sí, en ella, pero con una fundamental libertad. Está llamada, por sí misma, a hacer presente la fe y la Buena Nueva allí donde, por lo común, no llega la pastoral organizada: en la marginación, en los ambientes secularizados de nuestra sociedad, en las profesiones, etc. Y así es como colabora con la Iglesia local, abriéndola de una manera permanente a la misión ineludible de la misma Iglesia, tarea inmensa que nunca se agota exclusivamente en una totalización *ad intra*.

Frente a una cultura del silencio en la sociedad, e incluso dentro de la misma Iglesia, la vida religiosa deberá empeñarse en el rescate de la palabra prisionera. La palabra está cautiva porque no se le permite comunicarse o desempeñar su función comunicativa, ya que está siendo utilizada para transmitir los mitos de las élites. Mitos que sobreviven más o menos conscientemente en la cabeza de los religiosos que recibieron la formación clásica de las Ordenes o Congregaciones. Defendíase la superioridad de la vida religiosa sobre cualquier otro estado de vida, su vocación especial, sus virtudes específicas, su función única de representar ante Dios a los hombres y de salvar las almas, su saber cierto y ortodoxo. Pero todo esto no servía para situar a los religiosos más cerca de los hombres, sino para creerse sobre ellos y estar por encima de ellos. La consecuencia fue el mito de la inferioridad de la vida laical, del pueblo ignorante, de sus magias, de su impureza física y espiritual. Creóse una mentalidad de casta y de élite, llena de buena voluntad, misericordia frente a la miseria de los hombres, y por ello asistencialista y sin ningún sentido crítico y estructural que permitiese a los religiosos ver la raíz del problema. De esta suerte, y sin quererlo, encontraronse reforzando y consolidando el sistema vigente.

Para que la palabra sea nuevamente libre y el anuncio evangélico siga siendo evangélico y no degenera en paliativo para aplacar a los rebeldes ante las injusticias que su-

fren, o para silenciar su palabra-realidad, el religioso debe pasar por una verdadera experiencia pascual. Deberá morir a su mundo mental, y deberá resucitar a un dejar ser y defender al pueblo sin voz. Este no es un ignorante; puede, a lo sumo, ser un iletrado. No es un inculto; sólo que no tiene una cultura burguesa. Pero sabe de la vida, crea cultura con su trabajo, es alguien que encuentra sentido a la vida, tal vez mediante su religiosidad, traducida en un universo mítico, pero que es tan legítimo -como medio de expresión- como el científico. A través de su religiosidad -no raras veces difamada por la ortodoxia oficial, elitista y clerical- el pueblo ha sacado fuerza y valor para sobrevivir, para luchar, para seguir creyendo, trabajando, sacrificándose por la familia; hácese fuerte en el sufrimiento, para así vivir una libertad que escapa a las manipulaciones de los opresores. Este paso -o pascua- es una forma de pobreza que el religioso profesó vivir públicamente.

Quien ha profundizado en el mundo del pueblo comienza a cambiar. Sale misionado y convertido. ¡Hay tantos valores humanos y evangélicos que el pueblo sufrido enseña en y desde su propia vida! De ahí que los Padres griegos hayan podido afirmar: los pobres son nuestros maestros; los humildes, nuestros doctores. Tal simpatía para con los pobres y oprimidos, amor que ama al otro, por distinto que sea, que de él aprende, dejándolo ser sin, por consiguiente, condenarlo, lleva al religioso a una acción liberadora, haciéndole a su vez atento a la voz del oprimido, con lo que se hace apto para ayudarlo a articular su palabra transformadora.

La vida religiosa está íntimamente ligada a la palabra ya por su explícita labor evangelizadora, ya por el sistema educativo en el que está inserta con sus grandes colegios y universidades católicas. La opción, aquí, parece ineludible: la vida religiosa o evangeliza liberando o refuerza el *status quo*. Evangelizar liberando significa que ha de ir críticamente articulando los contenidos de la fe cristiana de forma tal que se transparente siempre su dimensión problematizadora de la situación injusta y de un lenguaje imposible de ser instrumentalizado y utilizado por los detentores del poder. Si la evangelización quiere mantener una presunta neutralidad, conservando un lenguaje sin mordiente,

terminará siendo absorbida por el sistema; rehúye toda actitud crítica y, por consiguiente, deslegitimante de la situación, con lo que ayudará finalmente al fortalecimiento del "orden". No cabe aquí posible neutralidad: o la persona es ingenua, no dándose cuenta de lo que pasa, o es astuta, ocultando su opción real por el sistema bajo capa de neutralidad.

b) *Una actitud crítica:* En función de lo dicho, hácese urgente en la vida religiosa una profunda actitud crítica. Y fomentar una actitud crítica es superar el acomodo y la adaptación pasiva dentro de una realidad dada; significa situarse conscientemente dentro de ella, captando los desafíos que están exigiendo una tarea transformadora. La crítica no se sitúa en una instancia exterior a la situación; húndese, más bien, hasta sus raíces, para asumirla y transformarla desde dentro. El crítico es un radical, es decir, uno que trata de llegar hasta las raíces objetivas del problema. E ir a las raíces de los problemas es ser humilde, objetivo, crítico.

El opuesto al radical es el sectorizado o fanático, movido por emociones acriticas. Y por eso el fanático es arrogante, reaccionario y antidualogal, impositivo, activista, hombre de medias verdades proclamadas como absolutas. No es libre, y por eso tórnase incapaz de ayudar a liberar. Sólo ayuda a la liberación quien es libre. Sólo es libre quien es crítico, quien es consciente de los mecanismos manipuladores y sectarios, quien reacciona contra ellos no dentro de la misma estructura fanatizada, sino dentro de una opción que busca las salidas viables hacia un mundo en el que sea menos difícil la fraternidad.

c) *Acento de lo carismático:* Conviene también resaltarlo. La vida religiosa, por su misma naturaleza, sitúase más en la línea del carisma que en la línea de la institución. Por lo que su forma de evangelizar a través de la palabra debería recuperar más plenamente la dimensión carismática. Evangelizar, para la vida religiosa, no debería ser pura y simplemente predicar una doctrina preestablecida o di

fundir un sistema eclesiástico. Deberá, más bien, consistir en un trabajo mucho más creativo y profético de captación de los signos de los tiempos y de una traducción más adecuada del Evangelio a la mentalidad del hombre contemporáneo.

Su realización no carece de riesgos ni es posible sin imaginación, sin libertad, frente a lo institucional y repetitivo. La evangelización debe nacer de una visión contemplativa de la vida: no es el religioso uno que va a llevar el Evangelio a quien no lo conoce; va, más bien, a descubrir el Evangelio ya presente en sus hermanos los hombres, que están siempre siendo visitados por el Espíritu y por el Cristo resucitado. Y por eso se pone en una actitud de escucha y de obediencia, aprendiendo del pueblo lo que Dios quiere enseñarle. La palabra evangelizadora explícita no hace más que despertar y articular el Evangelio ya presente en los hombres.

Así es cómo deja la evangelización de ser simple adoctrinamiento o imposición de una Orden religiosa, para transformarse en un encuentro, en un dar y recibir y en un progresivo desvelamiento de Cristo en el mundo. Bien decía J. Comblin: *"La misión no es el camino de crecimiento de una Iglesia, sino el camino de su descubrimiento"*. ¿Cuándo llegará la evangelización a preocuparse seriamente de la revelación de Dios en la historia de A.L.? En la Biblia eran los profetas los que leían el designio de Dios en la historia del pueblo israelita, y lo proclamaban a todos. ¿No sería igualmente tarea de los religiosos, merced a su carisma profético-escatológico, vivir semejante actitud?.

Pero solamente desempeñarán esta misión los religiosos siendo conscientes de su lugar dentro del pueblo de Dios: su puesto no está dentro de lo institucional-jerárquico, sino dentro de lo carismático. El orden carismático vive siempre en una cierta tensión con el institucional y un poco a su margen. Es creativo. Y ese puesto es muy importante, ya que determina la índole del discurso y el modo de desarrollo de la evangelización. Si la vida religiosa se deja absorber en su mentalidad por lo institucional-jerárquico, no llegará más que a adoctrinar y difundir un sistema. Mas si se mantiene en su identidad específicamente carismática llegará a

buscar y encontrar nuevos caminos para el Evangelio, y estará presente allí donde ni llegan ni pueden, tal vez, llegar los medios oficiales. Ocupando otro lugar distinto del sistema, tiene la posibilidad de evangelizar de otra manera y de llegar a otras personas.

Partiendo de aquí, tal vez llegue a comprender la vida religiosa que evangelizar a los pobres y entrar en un verdadero proceso de liberación sólo es posible poniéndose en el lugar del pobre y abandonando el lugar del rico. No se puede evangelizar a los pobres siendo ricos ni con discursos hechos por ricos. Hay que hacerse pobre. Desde ese puesto es posible, evangélicamente, llegar a todos -a los pobres y a los ricos-, ya que entonces los mismos ricos se sentirán cuestionados sobre la cualidad humana y evangélica de su riqueza.

La vida religiosa siéntese así llamada a un desafío insospechado, que le viene de la misión evangelizadora: actualizar en el mundo y en la Iglesia el sentido de permanente conversión exigida por la Buena Nueva de Cristo. La conversión desinstala, nos hace salir siempre, a semejanza de Abraham, de nuestra tierra, para buscar esa otra tierra donde está el otro y donde anunciar la presencia de Dios y de su gracia liberadora.

#### EJERCICIOS PERSONALMENTE DIRIGIDOS

El P. Robert D. Voss, S.J. estará disponible durante el mes de diciembre 1978, para dirigir en Yoro (Honduras) a los sacerdotes, religiosos y religiosas que deseen hacer Ejercicios personalmente dirigidos.

Los interesados escriban a: Robert D. Voss, S.J.  
Casa Curial  
Yoro, Yoro  
HONDURAS, C.A.